

DISCURSO

del

ITMO. SR. DON ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS

contestando al de recepción de D. Antonio Illanes Rodríguez

Excmo. Sr. Presidente.

Dignísimas autoridades.

Señores académicos.

Señoras y señores.

Constituye para mí un honor el haber sido designado por esta Real Academia para dar la bienvenida, en su nombre, a su nuevo Numerario el insigne escultor D. Antonio Illanes Rodríguez. Y ello es así, no sólo por voluntad de servicio, sino por el convencimiento de que este nombramiento ha sido un acto de justicia de esta Corporación para con uno de los más genuinos representantes de la actual imaginería sevillana.

En consecuencia, acepté al instante tan honroso cometido y dispuesto estoy, con la ayuda de Dios, a desempeñarlo lo mejor que me sea posible, pues bien sé que es harto difícil hacer el elogio de quien es sobradamente conocido y valorado por este selecto auditorio.

Sevillano del Aljarafe, D. Antonio Illanes es un nuevo río que, junto a los cuatro famosos a que alude el conocido cronista musulmán, viene desde esa vieja tierra feraz a la urbe hispalense a vivificarla con su savia y a enriquecerla con sus deliciosos productos.

En efecto, nacido en Umbrete, sede veraniega antaño de los Arzobispos hispalenses y bautizado en su magnífica parroquia joyel de nuestro mejor barroco dicióchesco, vino a Sevilla, niño aún, a aprender primero el arte de su inmortal escuela escultórica y a continuarlo, después, con su singular maestría, capaz de aunar la vieja tradición con la novedosa modernidad, aunque siempre dentro del campo de lo figurativo.

A aprender primero. Sí. Porque, pese a lo que ahora propugnan tantos indocumentados y pseudoartistas, "nadie nace sabiendo", como asevera el adagio popular, y, por tanto, todo artista que verdaderamente lo sea, ha tenido sus maestros y ha pasado por un período formacional, sólido cimiento de su posterior creación.

Por ello, Illanes, que desde niño sintió la vocación de la gubia como destello de la gracia divina, acudió a las aulas de la Escuela de Artes y Oficios, sita entonces en esta casa y regida por el excepcional magisterio de D. Gonzalo Bilbao, a practicar su rígida disciplina formacional, la misma que aprendió Picasso en la escuela malagueña, dibujando del antiguo y del natural y modelando el barro y la escayola bajo la dirección de su sabio profesorado.

Allí encontró a su primer maestro, el Catedrático D. Francisco Marco, que lo fue de varias generaciones, y allí encontró, también, a una selecta pléyade de compañeros que desde entonces son sus amigos y que, como Echegoyán y Acosta, son hoy docentes de dicha Escuela y Electos de esta Real Academia.

Luego, a través de los contactos profesionales, encontraría a otro maestro, Castillo Lastrucci, que guiaría sus pasos por los senderos gloriosos de la tradición imaginera hispalense hasta conducirlo al lugar de honor que indudablemente ocupa hoy en ella. Y, más tarde, los viajes por España y el extranjero, entre los que citaré el realizado en 1931 gracias a la pensión que le otorgara nuestro Ayuntamiento, acabaron de formar, con el conocimiento de los museos, monumentos y talleres artísticos más famosos, su ya madura personalidad.

Con este bagaje y atento siempre a cuanto significase aprendizaje, pues pobre de quien crea que ha alcanzado la meta del saber, el recipiendario tomó asiento en el mundillo artístico sevillano, al que comenzó a asombrar con la maestría y fecundidad de sus creaciones. Maestría, por el dominio del oficio y lo elevado de la inspiración; fecundidad, por la facilidad para cultivar toda clase de técnicas y abordar todo tipo de asuntos; maestría y fecundidad que

se traducen en un total de setecientas obras a que asciende actualmente su producción.

Producción que va desde monumentos públicos como el de Gustavo Adolfo Bécquer, de la Barriada de las Golondrinas, hasta acabados retratos como los de su esposa y Belmonte, por tener el firme propósito de ser parco en las citas, pasando por obras de gran empeño como su deliciosa Eva y dejando al margen tantos torsos, cabezas y otros estudios que, aunque de innegable calidad, representan, dentro del elenco de su obra, esa afición constante por el estudio y esa innato culto a la forma típico en todos los verdaderos maestros.

Mención aparte quiero hacer de su producción religiosa, por cuanto ésta se ha desarrollado en su casi totalidad por los senderos de la imaginería sevillana. Y al llegar a este punto, debo confesaros, pues quiero ser noblemente sincero, que aun cuando discrepo en gran parte de cuanto ahora se hace en este terreno, por creerlo estancado en fórmulas pasadas y por tanto faltas de genialidad, que Illanes es una excepción en este amaneramiento de formas, pues en su labor imaginera ha sabido aunar lo mejor de nuestra tradición con lo más moderno de su estética personal.

Fruto de esta feliz conjunción fue ya, en sus días de juventud, el Crucificado que hizo en 1929 para la Cofradía de la Lanzada, y lo son hoy, el actual de dicha Hermandad, el de las Aguas de la parroquia de San Bartolomé, el Nazareno de la de San Roque y la Virgen de la Paz de la Cofradía de El Porvenir; imágenes que en nada desdicen, durante su desfile procesional en los días de nuestra incomparable Semana Santa, sino que representan, junto a las más señeras de nuestro mejor barroco, la fluyente continuidad de nuestra escuela.

Todo lo cual hace de Illanes, escultor de tantos vuelos en otras facetas artísticas, un auténtico imaginero popular, a la manera de nuestros grandes seicentistas, que sabe en sus obras infundir, al par que vida, piedad para que así puedan cumplir esa misión fundamental de "mover a devoción", en el decir del P. Sigüenza, indispensable en toda creación de arte sacro.

Condición de imaginero popular que le da, finalmente, categoría de docente, pese a no profesar en ningún Centro de Enseñanza artística, porque sus imágenes son, como todas las verdaderamente tales de nuestras Cofradías, cátedras ambulantes que enseñan a propios y extraños sublimes lecciones de Fe y Arte.

Tal entrega al oficio de escultor y a las tareas de imaginero,

tenía que ser compensada en vida con el aplauso y la admiración de entendidos y profanos. Por ello, aun cuando en su vida puedan existir, como en la de todo ser humano, algunos sinsabores, el recipiendario ha conquistado merecidísimas recompensas tales como la de ver sus obras expuestas en los Museos de Arte Moderno de Madrid, Sevilla y Montevideo; la de haber celebrado numerosas exposiciones individuales, entre las que destacaré las de Punta Este (Uruguay), Madrid, San Sebastián y Badajoz; junto con las múltiples recompensas recibidas en las colectivas a que ha concurrido cuales la Medalla de Plata de la Nacional de Arte Sacro del año 1942 y las recibidas en las sevillanas de Otoño y Primavera.

Méritos que justificaron en su día su ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio y en la sueca de Santa Apolonia de Gotemburgo y que culminan hoy con su ingreso solemne en esta Real Corporación que, quiéranlo o no sus envidiosos detractores, es, tanto en lo intelectual como en lo artístico, el "Sancta Sanctorum" de las Bellas Artes hispalenses.

Pero Illanes no es solamente un escultor. Su amor al arte le llevó, desde sus años juveniles, a la más apasionada defensa de nuestro patrimonio artístico. Buena prueba de ello fue la adquisición del solar de la famosa "Venta de los Gatos" para intentar la creación de un museo becqueriano y su labor en la tertulia literaria "Noches del Baratillo", fundación del inolvidable Florencio Quintero, en pro de la defensa de nuestras tradiciones y de nuestros monumentos.

A todo lo cual, hay que unir, como sucede con la mayor parte de los grandes maestros, su labor literaria, sencilla pero fecunda, fruto de la cual son sus artículos de divulgación sobre Juan de Mesa, Rico Cejudo, Mattoni, etc., y muy especialmente sus amenos libros "Del Viejo Estudio", delicioso recordatorio de la Sevilla de su juventud, con páginas de emocionado lirismo dedicadas a sus maestros y condiscípulos, y "Del Nuevo Estudio", interesante anecdotario, merecedor de los elogios de Pemán, Manuel Halcón, Montoto y Jesús de las Cuevas, en el que, con prosa castiza, narra algunas anécdotas de su madurez y de los más ilustres personajes que han desfilado por su taller.

Muestra palpable de esa veta literaria es el Discurso que acaba de leer sobre el gran escultor sevillano Antonio Susillo, donde, junto a datos eruditos más o menos conocidos, hay una fuerte carga de lirismo poético al enjuiciar la figura y la obra de tan excelso artista; amén de unas interesantes apreciaciones sobre el

concepto del arte que, también, nos ponen de manifiesto su vastedad de conocimientos sobre tan vasta y polémica materia.

Concepto del arte, siempre fiel al realismo naturalista, el mismo que ha presidido toda su creación plástica, que no significa, en modo alguno, anquilosamiento de formas sino pura y simplemente constantes logros en el también constante estudio de esa fuente inagotable de inspiración que ha puesto Dios delante de nuestros ojos y que, como enseña la ortodoxia tradicional, es la más espléndida huella de su Divina Omnipotencia.

Realismo que, con las lógicas evoluciones de tiempo e ideología, es el mismo que animó la obra del genial Susillo, eco en sus días, como Illanes en los nuestros, del que siempre presidió la creación de la fecunda escuela sevillana de escultura y fue premisa básica en la formación y buen hacer de sus excelsos maestros.

Por eso, por representar, con auténtica modernidad y sin qui-jotescas estridencias, la actual tradición de nuestra escuela, esta Casa ha abierto sus puertas a D. Antonio Illanes, como lo hizo antaño con Susillo, y espera de él que la prestigie con el constante afán de su quehacer y la continua presencia en sus tareas estatutarias.

Mas al llegar a este punto, debo confesaros que acabo de pecar de receloso en lo que al cumplimiento de los preceptos reglamentarios se refiere, pues el nuevo Académico ha puesto sobradamente de manifiesto su amor a la Corporación y su voluntad de servicio a los altos fines para cuya defensa fue creada, pues no sólo ha sido puntualísimo en el cumplimiento de los deberes concernientes a su recepción, sino que, apenas electo, se prestó al instante a pronunciar una conferencia, sobre imaginería sevillana, en el ciclo que la Academia organizó el curso pasado sobre diversos aspectos de nuestra Semana Santa.

Y por si esto fuera poco, no contento con ofrecernos el ya comentado discurso sobre Susillo, hace donación a la Colección corporativa de este magnífico torso de mármol alabastro en el que, con maestría singular, parece haber condensado lo mejor de su destreza en el oficio y lo más genial de su inspiración; al par que, con este gesto, parece querer decirnos que se incorpora, con afán de pleno rendimiento, a la doble vertiente de los aludidos fines corporativos: el estudio y la creación de las formas artísticas.

Ante tan auténtica lección de buen servir, sólo me resta desear al Sr. Illanes una larga y feliz vida académica y, tras agradeceros vuestra religiosa atención, felicitar a esta Real Corporación por el

feliz acuerdo de llamar a su seno a tan fecundo cuanto exquisito artista que, como suficientemente ha probado, se apresta con tanto celo a honrarla y servirla, haciendo con ello gala de su indiscutible condición hidalga.

He dicho.